

## CAPITULO XCIX.

### NUEVAS CONSIDERACIONES.

El estadista necesita la Historia como la Clínica el médico. La política es ideal y realidad, ciencia y arte, teoría y práctica, pensamiento y acción, filosofía y vida como el hombre cuerpo y alma, como el Universo Naturaleza y Dios. Nada más lejos de mi ánimo que sostener el antiguo y desacreditado sistema de la oposición abierta entre las ideas y los hechos, entre el pensamiento y la acción, entre la teoría y la práctica. Muy al contrario ahora creo como antes creía que el esfuerzo mayor del político debe consistir en acercar su sociedad y su tiempo al ideal todo lo posible. Ningun siglo, ni aun el más oscuro, vive sin ideal. Es de esencia en nuestra naturaleza que el eterno disgusto de la presente engendra nueva y más perfecta norma de vida para lo porvenir. Mas hay un arte difícilísimo, sujeto á combates y á contradicciones; el arte de realizar, de sostener, de cumplir ese ideal.

La continua fiebre de revolución, á que nuestros pueblos latinos dan subido precio, consume inútilmente generaciones enteras.

Las reformas todas en un solo día de inspiración y de embriaguez, método también muy divulgado entre nosotros, engendran instituciones efímeras, que viven un momento como ciertos brillantísimos insectos, y luego mueren al primer cierzo, á los primeros fríos de la reacción. Ningun reformador, ninguno acertará á reformar, si no cuenta con estas dos categorías de todo hecho social, con el estado de la opinión, y con el trascurso del tiempo. Nuestras falsas concepciones sociales provienen principalmente de nuestras falsas concepciones metafísicas. En nuestro lenguaje corriente entra por mucho la monarquía; y en plena Academia Española nos han dicho que todo republicano, por enemigo de los reyes habrá de rendirse ante una cosa ó persona real, como por ejemplo, ante una real moza. En la mayor parte de nuestras locuciones entra por más la idea de la gracia arbitraria que de la justicia perfecta. Y el Dios lo quiere, Dios lo puede, Dios lo sabe, Dios dirá, aparece en nuestra lengua con la frecuencia que en la lengua de los árabes.

Así no es de extrañar que creamos en los días divinos, en los días milagrosos, en los días creadores; en veinticuatro horas de inspiración, de iluminismo, de electricidad celestial, días en que nos ponemos sobre el trípode revolucionarios y trémulos, ébrios, echando espumarajos de sangre por la boca y rayos y centellas de los ojos, trasformamos con fórmulas oraculares toda una sociedad, y la hacemos penetrar de grado ó por fuerza en las esferas cerúleas de la utopía.

Eso es la teología de la política; pero eso ni es ni puede ser la ciencia de la política. Para un teólogo nada más fácil que explicar los orígenes del mundo. La vía láctea es un chorro salido de los pechos de Juno que ha atravesado los espacios. La tierra es un huevo que ha puesto cualquier Dios de la India en el nido de la eternidad. El Creador se ha levantado en su inmensa soledad, en su vacío cielo, y hastiado de verse sólo, con fruncir las cejas, con agitar la cabellera, con verter alguna palabra, ha erigido en seis ó siete días la inmensa máquina del Universo. Hé ahí la verdadera teoría de las revoluciones súbitas y de la inspiración divina. Mas la ciencia dice que la obra de la creación ha sido lenta, secular, que millones y millones incalculables de años se han necesitado para elevar nuestras montañas, para hundir nuestros valles, para componer el terreno vegetal, para retirar á su inmenso lecho los infinitos mares. Y muchos, muchísimos años, si bien el espíritu es más rápido en sus concepciones y en la realización de sus concepciones que la naturaleza, han de necesitarse para trasformar y mejorar una sociedad.

Hay indudablemente ciertas leyes sociales, cuya esencia no concebimos *á priori*, pero cuya existencia probamos por innumerables hechos. Siempre que una trasformación progresiva se cumple, siempre que un nuevo ideal triunfa, nacen ciertas sectas exageradas, violentas, que extremando los principios y extremando la acción provocan y aun jus-

tifican las reacciones. Recorred la historia y encontrareis en todas sus páginas patente esta verdad inconcusa. Los gnósticos no son otra cosa que los exagerados y los revolucionarios del cristianismo. Si prevalece su idea, el mundo, en vez de caminar hácia el espiritualismo moderno, hubiera retrocedido á los místicos orientales. El valdense, el abligense exagera y extrema el movimiento democrático-religioso de la Edad Media. El campesino, que siente furor contra los castillos ó incendia las mieses en aquella primera guerra religiosa de la Alemania reformada; el anabaptista que va derechamente al comunismo de las mujeres y de los bienes, exageran la idea y la revolución tan admirablemente consumada por Lutero. En el seno de la sesuda Inglaterra, donde parece que el buen sentido práctico y la ausencia de toda generalización filosófica había de matar la utopía y los utopistas, nace durante su revolución republicana del siglo décimo-sétimo la secta de los niveladores. En Francia, alrededor de todas aquellas catástrofes, en medio de una rápida trasformación que de la monarquía ha llevado el pueblo á la República, piden expropiación universal, comunismo inmediato, los sectarios de Babœuf. ¿Qué más? A nuestros propios ojos y en nuestros mismos días la ley se cumple con la regularidad de una ley de la naturaleza. La revolución del treinta se queda en la monarquía doctrinaria. Y los insurrectos de Lyon, los discípulos de Barbés y de Blanqui pugnan por llevarla mucho más lejos, y consumen sus fuerzas en esta obra titánica. La revolución del cuarenta y ocho se queda en la República; y los socialistas, los discípulos de Luis Blanc, pugnan por llevarla mucho más lejos de la República, y pugnan inútilmente. En España sucede lo mismo. Los comuneros, que combaten á los masones, exageran la revolución del veinte. El conde de las Navas exagera la revolución del treinta y seis. Los partidarios de la regencia trina exageran la

revolución del cuarenta. Los insurrectos del veintiocho de Agosto exageran la revolución del cincuenta y cuatro. Los rebeldes de Cádiz, de Málaga, de Jerez, de Barcelona, exageran la revolución que arrojó á los Borbones. Y los cantonales exageran la República. ¿Y qué han hecho todos ellos al exagerar las ideas? Producir y justificar las reacciones.

Hé ahí también el triste papel de los comuneros de París. La República era la fórmula única salvadora que podía admitir Francia. Pero, después de veinte años de Imperio, en pueblo tan mal educado por este régimen perverso; después de los últimos desastres, en situación tan necesitada de fuerzas militares, la República exageradísima, la República comunera, engendraba fatal y necesariamente la monarquía. Francia no podía salir de una República, es verdad, pero de una República imperfecta. Yo he preferido siempre este organismo, siquiera sea imperfecto, á la más perfecta monarquía. Y cuando me han preguntado la razón, he respondido con estas vulgarísimas observaciones: ¿No es verdad que la República debe llamarse el organismo más perfecto de la libertad y de la democracia? Pues bien, si una sociedad da la República, por imperfecta que sea al principio, contendrá más tarde, en su crecimiento, el espíritu de vida, la libertad y la democracia. Si vuestra mujer pare un niño, por débil que sea, tendréis la esperanza de hacerlo doctor con la educación y con el tiempo. Pero si vuestra mujer, por una aberración de la naturaleza, pare un mono, ¿qué esperanza podeis tener de doctorarlo en ninguna Universidad de la tierra?

Imperfecta, imperfectísima la República de los conservadores de Versalles; pero preferible, muy preferible á la República de los comuneros de París. Aquella, en su misma imperfección, llevaba los medios de su vida; esta, en sus utopías, llevaba los gérmenes de su muerte. Y si no, observad lo que ha sucedido en Versalles y lo que ha sucedido

B.

en París. Aquí en París se reunían los más puros republicanos, y en Versalles los más puros reaccionarios; en París, los demócratas de convicción, y en Versalles los realistas de abo-lengo; en París, los que asistían á los clubs, y en Versalles los que asistían á las Iglesias; en París el espíritu de la libertad con todos sus extremos, y en Versalles el espíritu de la autoridad con toda su fuerza. Cualquiera diría á primera vista que París estaba destinado á salvar la República, y Versalles á perderla. Pues ha sucedido precisamente lo contrario. París, con sus asambleas revolucionarias, con su Comunidad avanzada, con sus profetas socialistas, con sus guardias nacionales demagogos, con sus clubs rojos, con sus generales populares, con sus comisiones de salvación pública, con sus jacobinos y sus federales, ha dejado negro humo en los aires, negra reacción en los ánimos, mientras que Versalles ha salvado y constituido la República.

¿Por qué? Porque á Versalles se fueron unos cuantos republicanos de buena fé, con tacto exquisito, con sentido político claro, que, tomando en cuenta las circunstancias, y conociendo la realidad de las cosas, han preferido transigir á perecer. Así no han salvado todo su ideal, es verdad, pero han salvado una parte considerable; y se proponen lenta seguramente conseguir el resto. De caer en la intransigencia, de subirse al trípode revolucionario, de pronunciar el terrible «ó todo ó nada» hubieran al cabo conseguido la muerte de la República y la restauración del Imperio. Las consecuencias de su conducta hubieran sido otros veinte años de cesarismo, nuevas revoluciones violentas, precursoras de ciegas dictaduras. Y la Historia de Francia se hubiera reducido al ensayo eterno de una República desordenada, prólogo inevitable de un Imperio absoluto.

Ahora tienen la República templada, conservadora, con Asamblea legislativa donde dominan los reaccionarios, con presidencia

161

encargada á un militar monárquico; pero al cabo es la República. El principio de que el gobierno emana de la nación es ya un principio práctico, viviente, encarnado en la realidad y en las leyes. La remisión de todas las cuestiones á los comicios del sufragio universal es una ley de conducta en aquella sociedad. Los reformistas no se impacientan; saben que, ganada en la opinión, es inevitable la reforma. Los revolucionarios arrojan las armas; y en vez de contar los conjurados, cuentan los electores. La necesidad de dirigirse á ellos, que son al cabo todos los ciudadanos, obliga á los poderosos y á los humildes, á los magnates y á los plebeyos, en las contiendas electorales, á oírles, á consultarlos, á iluminar su inteligencia, á dirigir su voluntad, elevando al pueblo así á las altas cimas del ideal en la vida. Francia no es ya la nación de las tormentas sino la nación de las ideas; su vida pública no es aquella orgía de sangre que se llamó la primera revolución, sino un continuo esfuerzo incruento por arribar á la plenitud de la democracia y á la perfección de la República. Así cada

día se borra más en Oriente la utopía de lo porvenir, el socialismo, y en el Occidente se hunde más la sangrienta utopía de lo pasado, el Imperio. La clase media se penetra de la idea de igualdad que repugnaba á su conciencia después de haberse por la igualdad emancipado. La clase popular comprende que la autoridad es la fuerza primera de su trabajo, y la reforma legal y pacífica el único medio de mejorarlo y redimirlo. Entra el ejército en la disciplina y en la obediencia sin que los rojos le tienten á levantar las culatas ante los excesos del pueblo, ni los Césares lo embriaguen para disolver Asambleas por la fuerza de las bayonetas. Y dentro de seis años, cuando la actual presidencia se haya concluido, la República tomará un carácter mucho más liberal y democrático. Así caminan á su perfeccionamiento las sociedades humanas. Las transacciones han corregido los errores y han lavado los crímenes de la intransigencia. La República está sana y salva. Sólo á la prudencia es debida la victoria. Por eso jamás aborreceremos y maldeciremos bastante á la demagogia.

## CAPITULO C.

ROSSEL.

Es el sucesor de Cluseret, Rossel. Este hombre pasa rápidamente por la revolución de París, y deja en su seno una huella indeleble. Hemos visto tantos caracteres ruines, que el alma entristecida se extasia ante un carácter entero. Hemos visto tantas pequeñeces, que respiramos ante esta horrosa grandeza. Rossel tiene algo de Flourens. Como este sublime jóven, se ha movido por móviles nobilísimos. Sus ideas no son, á la verdad, tan utópicas, su carácter no es tan exaltado; pero hay en su inteligencia el mismo desconocimiento de los hombres, y en su corazón la misma hidrópica sed del ideal. Flourens ha sido un literato, y Rossel un matemático; Flourens un racionalista, y Rossel un protestante. Esta diferencia de profesiones y de fé, marca en cada uno de ellos sendo sello indeleble y diverso. Pero los dos han creído, los dos han amado, los dos han puesto sus ojos en lo ideal y su corazón en el pueblo; los dos han vivido como austeros cenobitas, y han muerto como mártires.

Tenia inteligencia universal, voluntad fér-

rea, ambición desapoderada, pasiones reconcentradísimas, y por lo mismo intensas. Pagado de sí, receloso de los demás, indócil á todo yugo, impaciente por brillar, exaltadísimo en sus ímpetus y refrenándolos hasta el más refinado disimulo; de lógica acerada y de instrucción calvinista; durísimo de corazón como todos aquellos creídos de su voluntaria servidumbre al deber, implacable siempre que se trataba de la patria como los antiguos clarísimos varones; de altivez rayana en la soberbia y de perseverancia rayana en la tenacidad; su corazón, ardiente como un volcán falto de respiradero, le decía que estaba llamado á sublimes destinos en la vida; y su idea, misteriosa como esos cometas cuya órbita es incalculable, le arrastraba casi siempre por el borde oscuro de los abismos. La religión protestante produce esos caracteres, soberbios, encastillados en sí mismos como en una fortaleza; de profundas ambiciones, y de indómita perseverancia; apasionados y austeros, exaltadísimos y capaces de someter su exaltación á sus cálculos, como Calvino, como Guiller-